

095. La sabiduría del silencio

¿Han oído ustedes el nombre de Santa Columba? Fue una mártir víctima de los moros, durante la persecución desatada contra los cristianos del califato de Córdoba en el siglo noveno. Pero antes que mártir había sido una monja de santidad muy singular. Su nombre, “Columba”, es lo mismo que decir “Paloma”.

Y le viene un nombre tan bello de la vida singular que escogió para sí.

Las monjas del convento tuvieron aquel día una discusión muy pacífica:

- *¿Qué hacemos? ¿Se lo concedemos o no?...*

Y es que Columba tuvo una ocurrencia muy personal, y se dijo:

- *Aquí en el convento ya hay mucho silencio, mucha soledad. Pero yo quiero más recogimiento. Quiero estar sola del todo. No quiero ver nada ni a nadie. Dios y yo, y nada más.*

Las monjas toman una resolución:

- *Como no miente, como es sincera del todo, como es tan ejemplar, vamos a decirle que sí, que marche y que hable sólo con Dios. Así nos beneficiaremos todas mucho más de su oración altísima.*

Con este consentimiento de sus hermanas, se retira algo del monasterio, sube a una cueva excavada en la roca, y allí, como una paloma en el nido, pasa los días y las noches sumida en la contemplación de Dios.

Aquella Paloma bendita no saldrá de la cavidad de la roca —su nido bendito— sino arrancada violentamente por los enemigos de la fe cristiana para ser ofrecida a Dios con el sacrificio supremo del martirio.

La actitud de Columba, que se retira a la soledad más absoluta, nos suscita dos cuestiones importantes:

- *¿Vale la pena hoy el soñar tanto en la oración?*

- *¿Tiene sentido a estas horas el buscar con afán el silencio y la quietud?...*

Nos basta abrir los ojos para ver que la vida moderna está hecha de elementos incompatibles con la oración y el recogimiento. ¿Rezar cuando disfrutamos de tantas distracciones? ¿Reposo y tranquilidad en medio del ruido infernal en que estamos metidos?...

Y sin embargo, se siente el ansia de la oración, de la comunicación con Dios, del descanso del alma. En el fondo de su ser, el hombre moderno que tiene fe siente la invitación de Jesús, que sigue diciendo hoy lo que entonces a los discípulos: *-Vamos a un lugar retirado, para poder descansar un poco* (Marcos 6,31)

El negocio del alma sigue siendo el negocio principal de la vida, y negocio semejante se resuelve sólo con la oración. Sin Dios en el negocio de la salvación, la salvación que quiebra sin remedio...

Y la oración exige silencio y quietud, hoy imposibles de disfrutar a no ser que se hagan esfuerzos casi titánicos. ¿Quién es capaz de sustraerse al ruido ensordecedor de tantos motores que trepidan por nuestras calles? ¿Quién deja de oír el clamor inaguantable de altoparlantes, de consolas, de vendedores ambulantes? ¿Quién se sustrae a la televisión tentadora o a la radio que se tiene prendida siempre?... Con bulla semejante, ¿cómo es posible escuchar a Dios que nos habla?...

Aquel señor entró en la cabina del teléfono público para hablar con su amigo. Era imposible entenderlo, pues no oía nada. El amigo le grita: *-Pero, ¿qué no me entiendes? Yo a ti te oigo perfectamente bien.* Seguía sin oír nada, aunque al fin pudo captar un consejo: *-Cierra la puerta de la cabina, que la tienes abierta.* El amigo listo se había dado cuenta del porqué de la sordera. Con el ruido de la calle resultaba imposible el entenderse.

Entonces, si se quiere hacer oración, ¿habrá que escaparse a un convento de clausura? ¿No sirve la propia casa? ¿Será cuestión de irse al menos cada fin de semana a una casa de retiro?... Nada de todo esto.

La piedad cristiana se ha ingeniado de mil maneras para estar en comunicación con Dios en medio de las condiciones tan poco propicias que nos impone, inevitablemente, la vida moderna.

- De San Benito, patriarca del arte de la oración, se dijo acertadamente que *“Vivía siempre consigo mismo”*. Oraba siempre en medio de las ocupaciones que le absorbían.

- Catalina de Siena, la muchacha que revolucionó la Iglesia y la sociedad de su siglo, supo construirse una pequeña habitación en su propio corazón, en la cual se pasaba el día a pesar del ajetreo de su vida inquieta. Es la famosa “celda de Santa Catalina de Siena”, que cada uno se puede construir a gusto suyo...

- Aquel otro, metido en su cuarto, dejaba oír fuera suspiros, charlas ininteligibles, cantos algunas veces. Hasta que se le preguntó: *-Pero, ¿qué haces, qué dices y con quién hablas?* Pillado en su trampa, tiene que abrir la puerta, y señalando el Crucifijo y el cuadro de la Virgen, confiesa con sencillez: *-Nada, no es nada. Es que me suelo poner a hablar con ellos...* (Beato Juvenal, del Oratorio)

El Espíritu Santo es quien suscita la oración del cristiano, y basta dejarse llevar del mismo Espíritu para poder orar en todo lugar, aun en medio de las circunstancias más desfavorables.

Teníamos un amigo que salió entusiasmado del Cursillo de Cristiandad. Era bueno, pero a partir de su Cursillo daba muestras de una vida de oración extraordinaria. ¿Su oficio? Camionero, y todo el día con las manos en el volante y con el corazón en Dios. Nos decía con gracia y confidencialmente a los amigos del grupo: *-No sabía yo que conduciendo todo el día el camión se pudiera rezar y cantar tanto. Le digo muchas veces a Dios aquella copla del enamorado a su querida, y que me enseñó el Padre Director para tenerla como programa de mi vida espiritual: “Desde la una a la una, - desde las dos a las dos, - son veinticuatro las horas - que te estoy queriendo yo”* (Manuel Machado)

Columba, Paloma, nos enseñó a escaparnos al nido escarbado en la roca. Otros nos dicen que no hace falta tanto, pues basta la propia casa, la cabina del camión o el campo abierto... El caso es tener atento el oído y expedita la garganta, para entablar con Dios una charla que empieza y no se sabe acabar...